

ADELFA Y DIGITALES.

*“Pero el poder -como el amor- es de doble filo:
se ejerce y se padece”*

Gabriel García Márquez

- I -

- Dios os guarde, mi señora.

- Quedad en paz, capitán.

Reverencia del renombrado soldado, vuelo gentil de una mano más acostumbrada a empuñar pica y espada que a besar dedos de cera de damas altivas. El silencio que engrandece las pisadas desiguales y siempre serviles del hombre que ahora se retira todavía inclinado. Cuando el criado coloca la aldabilla y se apaga el eco lejano de madera entrechocada, Isabel de Osuna se sonríe un instante para pasar a ensayar un gesto de hastío.

- ¿Os fijasteis en sus andares de oca? -comenta a su preceptor.

- Me fijé. El mal del hueso ha conseguido lo que ningún caballero logró, doblar el brío del capitán.

- Reuma lo llama el galeno. Asegura que cura con emplastos de agua caliente y baños templados. El buen capitán, a juzgar por su hedor, no debe ser amigo de semejantes remedios.

- No os burléis de hombres que os han servido bien...

- ¿Quién se burla? No es burla, sino referencia. Vos mismo lo habéis dicho, me ha servido bien, ya no. Decoroso sería que colgase su loriga y

envejeciese con dignidad. Debe ser motivo de befa para los enemigos divisar la contrahecha figura del jefe de mis fuerzas.

- *De jabalí viejo libre Dios nuestro pellejo.* No hay lugar para la mofa tratándose del capitán ni hueco para soldado que no anteponga el respeto a las canas a sus bríos de combate. Preguntad allende Villanueva si existe quien menosprecie la espada de don Fernando.

- Así lo haré, no quiero confiarme en héroes de barro; mucho me dejó mi padre para exponerlo alegremente a la rapiña de bandas de facinerosos o traicioneros muslimes. Mi respeto a las canas no se deja deslumbrar por hazañas añejas. Por cierto, preceptor, ¿qué canas hay que respetar en don Fernando?

Doña Isabel medía al anciano; gustaba de tensar su paciencia con observaciones envenenadas. Tanto el capitán como él habían quedado completamente calvos a causa de la epidemia de muermo que asoló muchos lustros antes de nacer ella la sierra de Segura, especialmente en Orcera y en Puente de Génave, extendiéndose con saña hasta la no muy distante Alcaraz. La muchacha se entretenía con tan peligrosos pasatiempos:

- Decidme, preceptor, ¿qué crédito he de dar a las habladurías acerca del capitán?

- ¿A qué os referís?

Ella sonreía, dos hoyuelos preciosos que se le dibujaban en las mejillas mitigaban, en parte, la mala sangre de sus palabras:

- ¿A qué ha de ser? Las piedras de mis aposentos hablan y me cuentan que la cojera de a quien tanta veneración profesáis es legado de unas malas fiebres contagiadas por meretrices de la villa de Siles.

- ¡Basta! -lo que debiera haber sido un grito imperativo no llegó

siquiera a protesta resignada- Hacéis muy mal en dejaros aconsejar por las piedras de vuestros aposentos, la gente está empezando a murmurar, no es fácil encubrir que esas piedras tienen forma de mancebos complacientes.

La sonrisa se le heló, un instante, en el rostro. Sólo un instante, enseguida se recompuso y contraatacó:

- La lozanía precisa ciertos débitos. ¿Se os ha olvidado que en según qué épocas hay que apagar los ardores del cuerpo?

- Habláis como una zafia lavandera, ¿eso aprendéis de ese mozo de caballerizas?

- ¿Qué mozo? -repuso con fingida inocencia doña Isabel, lo que acabó de vencer la resistencia del anciano.

- Ningún mozo, no existe ningún mozo y el renqueo del capitán se debe a un lance de sus combates en Hornos por defender vuestras tierras y ganados, ¿convenimos en eso?

No esperó respuesta, por aquel día ya se había dejado humillar demasiado. Con una desganada inclinación de cabeza se dirigió hacia la puerta.

- ¿No me acompañáis en el despacho? -aguijoneó una vez más la muchacha.

- Haré venir a fray Pedro, me siento demasiado anciano para escuchar cuitas de labriegos y zagales.

El preceptor se ausentó rumiando para sus adentros que de mucho tardar la señora en sentar la cabeza, todo el territorio de la sierra de Segura no sería sino una sombra caricaturesca de su pasado. El anciano todavía recordaba lo que oyera a sus padres acerca de la creación del territorio y de su engrandecimiento por parte de las míticas y temidas huestes de Abdelmaiman, la

época en la que la sierra alcanzó el mayor de sus esplendores y gozó de gran renombre en todo el sur de la península, levantándose la mayoría de las fortificaciones existentes. El preceptor se había criado escuchando relatar las batallas entre cristianos y árabes, en cómo la Orden de Caballería de Santiago fue ocupando, una a una, todas las fortalezas habidas por el territorio hasta reconquistar la sierra de Segura en su totalidad. Para él no era extraño el nombre del Maestre don Pelayo Pérez Correa, quien le concedió a la nueva comarca arrebatada a los infieles el Fuero de Cuenca en 1242, ni el del rey Fernando III, que donó la Sierra a la Orden de Santiago en justa correspondencia con su esfuerzo batallador contra las tropas africanas. ¡Qué sinrazón que tan rico legado custodiado en su tiempo por sus nunca lo suficientemente ponderados antecesores, peligrase ahora en manos de una adolescente caprichosa! ¡Qué ruina que una zona tan prometedora, con unos cimientos relativamente recientes, se viera abocada a la degradación por el desgobierno de una irresponsable! ¿De qué serviría que en 1580 las villas del Común de Segura hubiesen adquirido la prerrogativa de dictar órdenes para la conservación de los montes -para lo cual fueron elaboradas las "Ordenanzas del Común de la villa de Segura y su tierra"- si se desatendía el gobierno de privilegio tan destacado? El preceptor había contemplado con sus propios ojos tales ordenanzas, cuyas copias se custodiaban en la sacristía del Monasterio de Santa María de la Peña, en las afueras de Orcera. Lo que para él suponía materia casi de reverencia, a su señora doña Isabel la dejaba indiferente.

Fray Pedro, dominico coranvobis venido a Orcera desde el sur de Francia, llegó apresurado espantando migajas de pringoso candeal de su rostro barbirrucio. Hábito maculado de ceras retestinadas, cilicio en el antebrazo

-turgente por poco ajustado- y sandalias de trabajados cordobanes desmintiendo su voto de pobreza. Buena mesa, añejo vino y hogares de chimeneas generosamente atizados en las noches de invierno compensaban con creces los madrugones de maitines, las Gregorianas ininterrumpidas en sufragio por el alma de los difuntos de la Casa y la cercanía de la lúbrica y licenciosa joven que la gobernaba desde que faltase el señor.

Si el capitán renqueaba con andares patituertos, el fraile desplazaba sus nada livianas carnes con gracilidad de fémina.

- ¡Cómo admiro vuestra célibe existencia! -fue el saludo de Isabel-, ¡renunciar a carnal ayuntamiento para mayor gloria de Dios...!

El dominico no contestó, el tono de la bienvenida y su experiencia confirmaron que, de una u otra forma, la señora estaba al tanto de su inclinación hacia los púberes acólitos y los no tan púberes novicios.

- Cuando gustéis daré orden para que hagan pasar a la chusma.

- ¿Chusma? Poca caridad reflejan vuestras palabras, fray Pedro -reprochó afectando gravedad la señora.

- Digo chusma y digo bien, no de otra forma cabe calificar a una caterva de aparceros y menesterosos incapaces de guardar silencio durante la celebración del oficio divino. Desde las siete de la mañana alborotan en las puertas del coro, por toda la Plaza Mayor redoblan sus escandaleras.

- No entienden de latines gregorianos y sí del crujido de sus tripas. El hambre es muy desconsiderada, deberíais saberlo por vuestros ayunos.

- Sí, eh... sí, por los ayunos..., bien, bien, ¿comenzamos el despacho?

A una viuda que reclamaba varias gavillas de leña prometidas por

uno de los hombres del capitán a cambio de respuntar su poco decoroso uniforme le siguió una pareja de mesgueros enfrentados por la posesión de corambres extraviadas en boyerizas comunes cercanas a los cortados de Benatae. Los más fueron tullidos e indigentes solicitando el amparo de la Casa, aunque no faltaron las habituales querellas contra los rebaños por parte de pegujaleros hartos de que sus escasos y abruptos labrantíos fuesen tomados por cordeles o galianas. La extravagancia la aportó un mercachifle gafo a quien la mismísima Madre del Redentor, en su advocación de Virgen de la Cabeza, le revelaba provechosos arcanos. La muchacha, aburrida de tanto pleito, quiso entretenerse un rato:

- ¿Y qué podrías decirnos para que te creyésemos? Tened presente que fray Pedro entiende tanto de religiones como de embustes.

- Por ventura diré que el *dómine* que os acompaña no es agradable a los ojos de Nuestro Señor Jesucristo y no os reportará sino calamidades. Por una caridad acorde con la belleza que os adorna y la munificencia que se os supone podría confiaros la fecha del fin del mundo.

Isabel de Osuna calibró con la mirada el gesto sañudo del religioso, nada nuevo le desvelaba el buhonero. Ignorándolo, habló al fraile:

- Aventuro que *su gracia* no tiene gran predicamento entre la feligresía. Me apena comprobar que el resquemor es mutuo. Por cierto, ¿tenéis interés en saber cuándo acabará el mundo? No, ¡qué pregunta!, supongo que a un hombre de recia fe tales cuestiones le parecerán baladíes. Socorredlo con una limosna y despedidlo.

El dominico se tragó la humillación, y el tintineo de las monedas sobre el suelo hizo inaudible el final de la fecha que profirió el socorrido:

“Veinticinco de Abril de mil seiscientos...”.

Un pensamiento de alivio nubló la mente de fray Pedro, quien murmuró para sus adentros: “Paciencia, es sólo cuestión de paciencia y de aprovechar el momento adecuado”.

- ¿Decíais? -inquirió Isabel.

- No, nada, que acaso fuese conveniente buscar solución para las incursiones de los ganados en tierras de labor. Según vuestro preceptor y por lo comprobado hoy mismo menudean las quejas al respecto.

- Si los hombres del capitán se dedicasen a señalizar y vigilar las cañadas en lugar de estafar a viudas no habría necesidad de escuchar reclamaciones -por primera vez en toda la jornada el enojo en ella no era simulado.

- Los soldados se sienten humillados y rebajados en esa función.

- ¿Qué soldados? Si no hay guerra, no hay soldados, y si no les satisface la misión de evitar enfrentamientos entre mis gentes sólo tienen que renunciar. Mis buenas soldadas me cuesta sostener tanta holgazanería. Debería ajustarme con jornaleros para que vigilaran a mis vigilantes, ¡qué sinrazón!

- Tal vez haya otro modo de solucionarlo. Se me antoja que empeñarse en mantener a los... -ahí dudó un segundo en emplear la palabra soldados- vigilantes señalizando cañadas no sea inteligente...

La joven estuvo tentada de ironizar sobre la *contradictio in terminis* en que incurría el fraile al profanar con sus labios la palabra inteligencia, pero se abstuvo por conveniencia.

- ...Dejadme madurar el asunto con el preceptor y en breve os presentaré una formal propuesta.

Los ecos de la Casa no conocían de secretos y, si bien las murmuraciones domésticas tardaban un tiempo en tomar forma, las cuestiones de cierta importancia se transmitían aún antes de formularse. Por eso, cuando el preceptor y fray Pedro expusieron a Isabel su sugerencia, la joven señora los sorprendió con la noticia de que el capitán se les había adelantado con otra no menos interesante. Antes les dejó que se explicaran:

- De vuestros labios oímos que en tiempos de paz huelgan demasiados hombres armados y ociosos. Entretenerlos orientando pastores no satisface a nadie, los hechos hablan. El capitán puede seleccionar a los mejores y prescindir del resto, los dineros que se ahorren bien pueden emplearse en la contrata de brazos fuertes para la siega, la poda y la vendimia, son muy extensos los campos olivareros que vuestro padre os dejó, no lo olvidéis, y Orcera no es falta de recursos si se le antoja prosperar; antes que faltar le sobra secano y tierra bien regada por ríos y embalses. El preceptor ha calculado que entre las dos cañadas y los varios cordeles y galianas que cruzan vuestras tierras se suman los dieciséis días de camino, a razón de cuatro indicadores por día las cuentas arrojan sesenta y cuatro. Desde los límites de la antigua Castam, la frontera de Meintixa y...”

- Por favor -interrumpió la muchacha-, dejad los latines para las laudes y hablad en román paladino, que mi aritmética alcance a saber multiplicar cuatro por dieciséis no os haga presuponer que mi lenguaje reconozca más allá del castellano. Y sed más explícitos, fray Pedro.

- Está bien. La idea es colocar sesenta y cuatro cruces labradas en piedra que señalicen los caminos desde Villarrodrigo a Santiago-Pontones y desde Siles a Beas de Segura, escindiendo un más decoroso ramal hasta Puente de Génave para el camino de Huertas. Servirían para el fin que nos ocupa y preocupa a la par que para catequizar, con sencillas figuras y representaciones bíblicas, a los caminantes.

- Y darían sensación de unidad a vuestros dominios -puntualizó el preceptor-; las cruces, a modo de seña distintiva, servirían para encontrar lo que separan.

La muchacha pareció dudar:

- Sesenta cruces...

- Sesenta y cuatro -corrigió el fraile.

- Sesenta y cuatro cruces labradas en piedra del tamaño que imagino debieran tener para resultar de utilidad supondrían un descalabro para nuestras arcas, no muy boyantes, como bien sabéis. No son nuestras tierras ricas en piedra ni en maestros canteros.

- Todo está pensado, señora. La orden de predicadores dispone de afamados talleres en San Esteban - piedra noble salmantina- que trabajarían para tan pío fin por un monto simbólico. Me he tomado la molestia de comentarlo con el padre general y no encuentra inconveniente alguno, de hecho, una cantidad importante de cruces podría ser inmediatamente trasladada, por ser la obra que más se trabaja.

Isabel, cuya juventud no llevaba aparejada inexperiencia, intentaba escudriñar las verdaderas razones de la propuesta y del ofrecimiento. Por bajo que fuese el precio las ganancias serían para los frailes y, de paso, obtendrían

una promoción por todas sus tierras que serviría para frenar la pérdida de popularidad frente a los franciscanos. Estos acababan de dedicar a las afueras de Orcera un nuevo monasterio a Santa María de la Peña, una talla gótica que, según la leyenda, había sido encontrada en una cueva cercana por un labrador . “Los hombres de la sierra -recordaba haberle oído decir a fray Pedro-, son gentes extrañas: prefieren los harapos de los *frailes menores* a nuestra cuidada oratoria”. Sesenta y cuatro cruces de factura dominica con santos del gusto del pueblo ayudarían a recuperar prestigio. Bien veía la muchacha que la oferta no era del todo desinteresada, no obstante, tampoco dejaba de tomar en consideración que resultaba más rentable que la del capitán.

- ¿Podemos ahora conocer el ofrecimiento del capitán? -se interesó el preceptor.

Don Fernando se había limitado a sugerir la construcción de portazgos en lugares estratégicos de las cañadas. Sus hombres los custodiarían y se encargarían de recaudar el dinero del peaje, de esa forma se aseguraba el que procurasen que los ganados no se despistasen fuera de sus rutas: a más rebaños, más dinero.

El preceptor habló intentando ser objetivo:

- Las tierras de Orcera y, por ende, de toda la sierra, ganarían en seguridad, dadlo por descontado, y recuperaríais algo del dinero que los zagales, con sus embustes acerca del número de cabezas, os trapacean. Por otra parte, levantar portazgos, aun siendo menos que cruces, será mucho más costoso...

- ¿Entonces? -casi exigió una conclusión Isabel.

- Tener contentas a las tropas es la primera obligación de cualquier gobernante; en este caso el capitán y sus hombres hacen las veces de tropa

-aconsejó el anciano para irritación del fraile, que no quiso zanjar ahí lo hablado:

- Tener contento a Dios es la primera obligación de cualquier gobernante temeroso de su Nombre.

La señora prometió sopesar con tranquilidad ambas alternativas y los autorizó a marcharse, que era su cortés manera de echarlos.

Por la galería interior que bordeaba el compluvio se les oyó discutir mientras se alejaban; el clérigo recriminaba al preceptor el que no se hubiese puesto de su lado y el anciano se excusaba argumentando que, a fin de cuentas, Isabel haría más caso a la opinión de los que calentaban su cama que a la suya. Fray Pedro quedó pensativo.

- III -

El capitán no podía desaprovechar ésta su, posiblemente, última oportunidad. Toda la vida batallando y coqueteando con la muerte para acabar con una exigua pensión de tres onzas anuales. Bien es cierto que con un mínimo de previsión podría haberse asegurado una vejez más que digna, pero su afición a las casas de lenocinio de Villanueva y a los dados habían podido más que los buenos propósitos. Orcera, con seiscientas casas y dos mil habitantes, un escribano, cuatro sacerdotes y gente pobre, permitía a don Fernando sentir un cierto agobio, una estrechez que no tenía en Alcaraz, por ejemplo, donde la tradición hacía atracción de talentos y de jóvenes más capaces para el pensamiento que los vecinos de Orcera, ocupados en procurarse para cada día el alimento, encajados entre dos monasterios, de franciscanos mendicantes

uno de ellos y de monjas el otro, bien abastecido éste desde la capital. Allí podía el capitán esperar que nadie le imputase delito alguno de sus antiguas correrías, que su fama era conocida desde que hacía años su familia se instaló cerca de lo que llamaban la huerta de Maravillas, por lo que como retiro no le disgustaba el lugar de Orcera. Urgía, por tanto, convencer a la señora para que se decantase por la construcción de los portazgos. Ya había convenido con todos los maestros albañiles a los que les pudiera ser encomendado el trabajo el corretaje que le correspondería. Esa cantidad sumada a lo que sus hombres de confianza le desviarían del pago del peaje le harían más llevadero el inminente retiro. No dudó en hablar con Serótido, el fornido mozo de caballerizas criado en el castillo de la Yedra, para engatusarlo:

- Es pena que alguien como tú desperdicie su valía entre paja y estiércol. Me vendría bien contar contigo entre mis hombres, la paga es buena.

Al muchacho se le iluminó el semblante:

- Poco sé de armas, pero no soy tardo en aprender. ¿Cuándo podría incorporarme?

- Tan pronto la señora autorice el levantamiento de los portazgos, supongo que habrás oído hablar del asunto... Si tú pudieras hablarle de la conveniencia de apresurar los trámites...

- ¿Yo?, ¿cómo?, no tengo palabrería, no sería capaz de...

- Si has sabido meterte en su cama, no te será difícil empresa menos costosa. Tú sabrás lo que te conviene.

Y el capitán no añadió más. El muchacho, tras desdibujar el sonrojo que le produjo verse descubierto, caviló estrategias irrealizables.

- IV -

Fray Pedro pecó de imprudencia al hablar con el padre general dando por sentado que recibirían el encargo de las cruces. La promesa de una capellanía vitalicia en una ciudad principal sobrevoló toda la conversación; envalentonado, el fraile accedió a que se pudiese en camino el envío tan pronto fuese posible. Los días pasaban y la señora no se decidía. Cuando el fraile conoció que desde la Casa se había pedido tasación a los más reputados maestros albañiles de los contornos, sintió un amago de bilis en la garganta. Habló con Martín de Ireñu, novicio de belleza lánguida con quien compartía credo y, a veces, lecho. Le expuso la situación drásticamente y, con disimulos evangélicos, creyó convencerlo de que por el bien del Reino de Dios y de la Orden de Predicadores había que sacrificar ciertos principios. Esa misma noche Martín fue el encargado de encender el cirio que en los aposentos de Isabel iluminaba la imagen de Santo Domingo de Guzmán.

- ¿Habéis relevado a fray Pedro? ¿Acaso no se encuentra bien?
-quiso saber ella.

- No del todo -mintió, tímidamente, el novicio.

- ¡Cuánto lo siento!... A decir verdad, no lo siento, he salido ganando con el cambio -la descarada muchacha había reparado en la azul inocencia de los ojos de Martín. Harta de la insistencia de Serótido en el tema de los portazgos acarició la idea de pasar la noche con distinta compañía.

El joven no opuso ninguna resistencia a su ensayo de seducción y

acabaron entrelazados reinventando la magia de la pasión.

Casi de madrugada Isabel todavía acariciaba los rizos dorados de Martín:

- ¿No creía que los religiosos disfrutarais de tan portentosas capacidades amatorias?

- Todavía no soy religioso, sólo novicio, y he pedido a fray Pedro unos meses para reconsiderar mi vocación -mintió tal y como le había pedido el taimado dominico.

- Mejor así, no me encontraría cómoda pecando doblemente. Por cierto, ¿no te habrá enviado para que me hables de las maravillas de sus cruces salmantinas? Últimamente todo el que me requiere de amores no lo hace sino para convencerme de algo.

- Estoy al tanto de esos manejos y no soy quien para inmiscuirme. Como modesto consejo diría que habéis de hacer lo que os dicte la conciencia; sin poder ser objetivo añadiría que, como bien podréis suponer, preferiría ver los caminos ornados de cruces que no de gente armada.

Isabel de Osuna se conmovió ante tal sincera confesión (así se lo hizo creer el candoroso gesto del novicio) y, un tanto irritada por la muy poco disimulada e interesada actitud de su hasta entonces favorito, Serótido, decidió consentir con la propuesta de fray Pedro.

- V -

Las cruces llegaron a espigar las tierras de Isabel de Osuna en la

Sierra de Segura el mismo día que se la nombraba regidora. No pudo disfrutar la regidora de Osuna en demasía de su nuevo título debido a que el capitán, en un arranque de rabia demasiado tiempo postergado, le descubrió a su señora el engaño del novicio, de quien se había enamorado perdidamente, no siendo correspondida.

Fray Pedro, capellán en Jaén, supo con retraso que su antigua señora, humillada y resentida, había ordenado decapitar todas las cruces encargadas por él, todas excepto la erigida junto a los dos mascarones que sostenían el frontón del monasterio de Santa María de la Peña, mascarones flanqueados por figuras masculinas que, a su vez, aguantaban pináculos, y sobre el tímpano, figuras desnudas con cuernos, algunas de las cuales, según leyenda popular, estaban inspiradas en los rostros de algunos moriscos que poblaron la sierra tras la expulsión de sus paisanos.

La cruz que se sustrajo a la furia de la nueva regidora se erigió en emblema de la Casa y, por ende, de Orcera, si bien no persistió en el tiempo su predicamento.

Fuese por la belleza de la cruz, fuese porque la señora quiso castigarse con un tan grandioso recordatorio de su ingenuidad, lo cierto es que se libró del infortunio del resto.

Hasta aquí lo referido por la tradición y las crónicas de forma coincidente; el resto es, más bien, confuso.

Unos, los menos, sostienen que Martín fue asesinado por orden de la despechada amante y que los cielos no quisieron dejar pasar sin castigo una tal doble afrenta -destrucción sacrílega de cruces y homicidio de un consagrado- y enviaron una mala y silente muerte a Isabel.

Otros, los más, consideran en mayor grado creíble que fray Pedro, por celos y deseos de sepultar su pasado, negase a Martín el reingreso en el noviciado y que éste, loco de desesperación, regresase al lado de la señora. Como tardía expiación convirtió su lecho de pasión en muerte poniendo en el pebetero de la mujer y sobre el cirio dedicado a Santo Domingo unos pétalos de adelfas y digitales. Los vapores venenosos no consintieron que la pareja llegase a consumir su enésimo acto de amor o desamor.

A Isabel de Osuna, última señora de la Casa, se le dio cristiana sepultura en la nave central del Monasterio de Santa María de la Peña, construida su torre del campanario con los restos de un torreón del castillo de Orcera, el veinticinco de abril de mil seiscientos dieciséis, según consta en el tomo primero, folio veinticuatro vuelto, del libro de defunciones de la misma.

A Martín de Ireñu se le negó tierra sagrada; su cadáver fue enterrado, sin ningún tipo de señal, por un piadoso gañán cerca de la cruz que recordaba a todos los habitantes de Orcera la equivocación de doña Isabel. El improvisado sepulturero, al concluir, rezó al san Miguel de la misma -por considerarlo más milagroso que san Cristóbal- un padrenuestro por el alma del difunto.

Los braceros que a finales de siglo removieron la tierra para asegurar los cimientos de una nueva dependencia sagrada, encontraron el cuerpo incorrupto de Martín de Ireñu con brotes ajados de adelfas y digitales entre sus dedos. Por no desairar a los cielos lo trasladaron con sigilo a donde no molestase, por no desairar a la tierra no dieron cuenta del suceso al maestro albañil.

Siglos más tarde, en el 1733, Juan de Lezuza vigilaba la

remodelación de una de las capillas exentas –una especie de ermita dedicada a San Cristóbal, pues quien financiaba la obra procedía de Puente de Génave, villa que tenía por santo patrón al mencionado- cuando sus hombres le avisaron del descubrimiento de un cuerpo incorrupto con extrañas plantas en sus manos. Unos rezos al Santísimo Cristo de la Buena Muerte quisieron aliviar su conciencia por esconder nuevamente el cuerpo sin dar aviso a las autoridades religiosas de Orcera.

Nadie sabría decir si la momia con la que todavía se asustaba, a principios del siglo XX, a los niños de la Sierra de Segura y que fue desenterrada por milicianos en las inmediaciones de la ermita tocando a su término la Guerra Civil española, corresponde al cuerpo de Martín de Ireñu.

Josefa, la de Arroyo del Ojanco, anciana hoy y niña en aquellas tristes jornadas, recuerda que su padre, uno de los milicianos, le habló de la belleza marchita de las adelfas que agarraba con fuerza la momia.